

AMIGA ENEMIGA MÍA ENEMY FRIEND OF MINE

Francisco Javier Santos García

“Amigos verdaderos son los que vienen a compartir nuestra felicidad cuando se les ruega y nuestra desgracia sin ser llamados.”

Demetrio de Falera

Carmen estaba en la muy cuidada, terraza de su piso, sentada en la que definitivamente sería su inseparable amiga-enemiga con ruedas. Miraba hacia la amplia avenida que se abría bajo sus pies. Ésta es la arteria principal del pueblo donde Carmen tendría que luchar diariamente para desenvolverse, en ella el tráfico de personas y vehículos era incesante durante todo el día; empresarios dirigiéndose hacia los bancos para realizar sus gestiones; amas de casa entrando en las mismas entidades para sacar o meter algún dinero; los distintos repartidores dejando sus furgonetas en doble fila, contribuyendo muy directamente a aumentar el caos circulatorio conforme pasan las horas; los jubilados ociosos dando sus lentos paseos o simplemente sentados en algún banco viendo pasar la gente y charlando, a veces discutiendo, de cosas sin importancia; los empleados municipales barriendo entre los estrechos espacios que dejan los coches, haciendo verdaderas piruetas para recoger toda la basura, cosa a todas luces imposible; las señoras bien arregladas, pero de manera informal, con sus carritos o bolsas para hacer la compra diaria, puesto que la semanal desde hace tiempo se deja para ir el sábado con la familia al “hiper” que montaron a las afueras del pueblo; y como no, algunos chavales que ese día decidieron darse unas vacaciones del instituto y que merodeaban de tienda en tienda sin rumbo fijo dejando pasar el tiempo.

Las lágrimas no cesaban de caer por sus mejillas, aunque hacia todos los esfuerzos posibles para detener este llanto, no lo conseguía, sería casi con toda seguridad porque desde el día del trágico accidente hasta ahora no había derramado una sola. Sentía que su vida se estaba volviendo triste, sin sentido y sin esperanzas.

Fue en un día con un sol espléndido cuando a Carmen se le ocurrió, maldita la hora, visitar a su amiga María. Cogió la moto de su hermano y como era normal dejó el casco en casa. Ocurrió en un instante, un cruce sin peligro aparente, una distracción y la mala suerte de golpearse la cabeza con el parabrisas del coche con el que chocó, después vino el hospital.

En un principio los médicos no confiaban en que Carmen saliese de esta situación, pero la juventud, la fuerza y las ganas de vivir hicieron que la evolución fuese favorable; poco a poco fue recuperando el sentido, fue recordando su vida y con el paso de los días se perdió el temor a la muerte. Pero las secuelas se hicieron inevitables. Carmen quedó paralizada de cintura hacia abajo, y con ello comenzaron los viajes de hospital en hospital, de ciudad en ciudad, buscando un remedio clínico o, a veces, un milagro. Este interminable recorrido terminó cuando su familia se hizo a la idea de que este esfuerzo no tenía ningún sentido, que las energías había que encauzarlas hacia la recuperación psíquica de Carmen, había que ayudarla a adaptarse a su nueva situación, había que enseñarla a desarrollar su vida normalmente, acoplándola a este nuevo momento.

Todo esto ocurrió en tan solo nueve meses: el accidente, los días en la UCI, la incertidumbre de las secuelas, la esperanza de una recuperación completa, el apoyo de los verdaderos amigos y amigas, y lo más duro, cómo asumir al gran cambio que sufrió la vida de la joven y su familia. Ahora tenían que dar un giro a sus planteamientos.

Todos los días Carmen se desplazaba a la capital, unas veces la llevaba su padre, otras su hermano e incluso alguna que otra vez su “amigo” Daniel, allí recibía un tratamiento integral, en el centro de recuperación que tenía la asociación de ayuda al discapacitado en la cual Carmen se había inscrito. Esta asistencia era completísima: tenía un gimnasio donde durante una hora realizaba agota-

dores ejercicios ayudada por magníficos monitores muy concienciados con su trabajo, talleres de terapia ocupacional donde le impartían clases acomodadas a su nueva situación: cómo desenvolverse con su, desde ahora, amiga-enemiga silla de ruedas, cómo adaptar los útiles diarios de su hogar, cómo utilizar mejor el mobiliario urbano, cómo incorporarse a la vida laboral,... y, sobre todo, tenía a su disposición un equipo de profesionales que le ayudaban psicológicamente a incorporarse nuevamente a la sociedad. Fue en una de estas sesiones, junto a sus familiares, donde Carmen planteó reiniciar su trabajo.

-Papá, he estado hablando mucho del tema con los doctores y todos coincidimos en que debería comenzar a trabajar de nuevo. Ellos me han enseñado a desenvolverme sola y yo me veo con fuerzas para hacerlo –explicó Carmen dirigiéndose a todos-.

-¿No crees que aún es pronto para que salgas sin ayuda a la calle? –afirmó más que preguntó su madre-.

-Aquí en la ciudad, durante las clases, me desenvuelvo perfectamente y los monitores me han dicho que estoy más que preparada –respondía ella a su madre-. Además, la oficina donde trabajo está cerca de casa, no necesitaré usar ningún transporte para llegar a ella.

-Pero en el pueblo es distinto, allí vas a encontrar más obstáculos en la calle, aquello no está preparado para las personas en silla de ruedas. La gente no tiene cuidado al aparcar y taponan los pocos accesos que existen. Las aceras son estrechas y repletas de obstáculos –insistía, esta vez, su padre-.

-Creo que deberían cambiar de postura y apoyar a su hija en esta difícil decisión –precisó el doctor-. Ya hemos visitado, junto a ella, la empresa donde trabajaba y no han puesto ninguna pega a su incorporación, todo lo contrario, están contentísimos, prueba de ello es que se han comprometido a poner una rampa en los escalones de la entrada y a adaptar su lugar de trabajo y los aseos en el plazo de un mes. La sensación que yo me llevé fue magnífica, el grado de compromiso que vi en sus compañeras, compañeros y jefes ya lo quisiera para otros casos –seguía relatando el doctor-.

-Yo, lo tengo muy meditado, voy a incorporarme en cuanto realicen las adaptaciones. He llegado

a un acuerdo con ellos para trabajar cuatro días a la semana, de lunes a jueves, así podré seguir viniendo al centro los viernes. Mamá, papá, tenéis que ser conscientes de que mi vida tiene que rehacerse, que la asistencia que estoy recibiendo cuesta dinero, las ayudas de las administraciones son escasas y llegan muy tarde. Necesito vuestro incondicional apoyo para afrontar todo esto –intentaba convencer Carmen a sus padres-.

-Sabes que el dinero no es problema, no es que nos sobre, pero lo primero es lo primero –intervinía esta vez su hermano José-, pero creo que llevas razón, debes intentar con todas tus fuerzas hacer tu vida lo más normal posible. Yo me comprometo a acompañarte los primeros días, mientras te haces un poco al recorrido.

-Muchas gracias hermano, no esperaba menos de ti.

-Bueno, si lo tienes tan claro, tu sabes que nosotros lo que queremos es lo mejor para ti, así que vamos a poner todo de nuestra parte para que puedas hacer lo que quieres –al fin, entraba en razón su padre-.

-Mamá, no te veo muy convencida.

-Es que las calles del pueblo están tan mal, hay tanto tráfico y la gente no... –insistía su madre cabizbaja-.

-No te preocupes por eso, estando en el hospital me visitó el amigo del hermano que es Concejal de Urbanismo y me prometió que las siguientes obras que se realizasen en el pueblo serían para adaptarlo a la normativa –seguía explicando Carmen-. Ese hombre es muy serio en lo que promete y me dijo que él estaba muy concienciado con el problema, que no me iba a olvidar.

Pasaron un par de meses y las obras de adaptación en su oficina no habían terminado. Primero hubo problemas con el Ayuntamiento para hacer la rampa en la entrada y luego surgieron otros con los aseos. Carmen no quería desesperarse, la verdad es que no faltaban visitas todos los días en su casa, Daniel y María iban a diario junto con otros amigos y amigas, pero ella quería salir no sólo a pasear, no quería dar lastima, quería con toda su alma sentirse independiente, útil, ser una persona más, en silla de ruedas, pero una persona más.

Al fin se produjo ese día tanto tiempo esperado, un año después del fatídico percance, Carmen podía incorporarse nuevamente a su trabajo, podría

reiniciar esa rutina que a ella no le cansó nunca y ahora necesitaba con ansiedad. En su oficina fue acogida de manera entrañable, todas las compañeras y compañeros hacían lo posible para facilitarle el trabajo e informarla de las novedades producidas durante su ausencia, casi todo fue perfecto, excepto ese excesivo paternalismo que Carmen no necesitaba pero al cual tendría que ir acostumbrándose sino quería estar de mal humor con todos. En la oficina sí rodaban las cosas como debían, pero el problema surgía antes y después de la jornada laboral. Este primer día, como prometió, su hermano José la acompañó, ayudándola a subir en el pequeño ascensor de su bloque, en el que lógicamente cuando lo instalaron no contaron con este tipo de contingencias, al igual que la ayudó para bajar los veinte centímetros de bordillo de la acera, la ayudó a sortear los coches mal aparcados que no permitían el acceso a la acera de enfrente, la ayudó a bordear, sin caer fuera, los alcorques de los árboles que en ocasiones ocupaban casi por completo la vía y estaban evidentemente sin cubrir por una rejilla, la ayudó quitando las motos que interrumpían el paso, estacionadas de mal modo sobre el acera, la ayudó nuevamente a bajar y subir otros bordillos de otras calles que tampoco cumplían la mínima normativa y que alguien, en el gobierno municipal, olvida periódicamente de solucionar. Esto causó a Carmen una gran desilusión, aunque estaba mentalmente preparada para afrontar estas situaciones, ella esperaba que la promesa hecha por el Concejal de Urbanismo, amigo de su hermano y muy apreciado en su casa, estuviera ya cumplida y que las barreras que obstaculizan su vida estuvieran ya eliminadas, después de casi un año de haber comprometido su palabra. Ella no contaba con esta incidencia, la cual la obligaba a replantear la situación. Su hermano se comprometía a llevarla por las mañanas, pero cuando terminaba la jornada a las tres de la tarde, José no podría, pues él tenía que estar en su puesto de trabajo, así que por la tarde, y mientras el Ayuntamiento no cumpliera con su obligación, se irían turnando las compañeras y compañeros del trabajo para acompañarla de vuelta a casa.

Otro problema que solucionó con la ayuda inestimable de Laura, una compañera, era el del desayuno, pues los bares de alrededor no tenían un acceso adecuado; así que Laura iba por los cafés y

juntas desayunaban en la propia oficina.

Así transcurrieron cuatro meses. En la oficina se normalizaron las tareas, ella cumplía con su trabajo, básicamente ante el ordenador y los recorridos diarios de ida y vuelta seguían siendo una odisea digna de guión cinematográfico. Carmen sentía que se la estaba privando del bien y del derecho máspreciado, la libertad. La libertad de no tener que depender de la ayuda de los demás. Pero ella no estaba dispuesta a que las cosas siguiesen así. Decidió asistir, por las tardes, a la autoescuela para normalizar su carné de conducir y adaptar su coche, que una vez más tuvo que sufragar ella sin contar con las tan cacareadas ayudas oficiales, además un día armada de valor, descolgó el teléfono y llamó a ese hombre que un día le prometió su ayuda.

-Ayuntamiento, dígame.

-Buenos días, soy Carmen Jiménez, quisiera hablar con el Concejal de Urbanismo, Paco Muñoz.

-Espere un momento –volvió a contestar esa voz que de muy mala gana se oía al otro lado del auricular-.

-Hola Carmen, cómo estás –respondió en un instante el amigo de su hermano-, que quieres.

-Hola Paco, te llamo porque quería saber cómo van las obras de adaptación y eliminación de barreras arquitectónicas en la vía pública que hace ya tiempo me dijiste que ibais a realizar en el pueblo.

-Mira, tenía que haberte llamado ya –contestaba el Concejal con voz nerviosa- para informarte del tema. Tu hermano cada vez que me ve, me lo recuerda y no sabes lo que insiste, pero es que estoy tan liado. Bueno a lo que vamos, estamos a la espera de recibir una subvención de la Junta que no acaba de llegar, pero en cuanto recibamos el dinero te aseguro que nos ponemos manos a la obra.

-Paco, sé que el dinero del Ayuntamiento es poco, pero es que a veces lo invertís en obras que no son urgentes y éstas pienso yo que son de extrema necesidad para que personas como yo, en silla de ruedas, podamos ejercer nuestros derechos –seguía insistiendo Carmen con más énfasis-.

-Ya lo sé Carmen, no te preocupes que estoy al cien por cien contigo y le voy a dar prioridad al tema –concluyó Paco-, adiós, ya te llamare.

-Adiós, Paco.

Continuaba la limitada vida de Carmen, con su rutina que cada vez la cansaba más. Adaptó el coche y aprendió con rapidez a manejarlo, con lo que solucionó, a medias, el problema diario del traslado al trabajo. Pero esto le creó otro nuevo problema, ¿dónde aparcar?. Para ir al Centro de rehabilitación los viernes no tenía dificultad, pues había varias plazas de aparcamiento reservadas para personas con minusvalía. Pero el pueblo era otro cantar, las poquísimas que existían estaban mal señalizadas y siempre ocupadas por alguien sin autorización “que creía que le hacía más falta” o “no había visto la señal”. La sociedad seguía insistentemente poniendo trabas y más trabas a Carmen, pero ella resistía los envites del destino sin derramar una sola lágrima, afrontando los problemas con valor y apoyándose en la gente que verdaderamente la quería, que no sentía lástima, sino que la comprendían y luchaban junto a ella. En esta fuerza moral que exhibía tenía mucho que ver, además de su familia, su “amigo” Daniel. Él era su apoyo, quien no se olvidó de ella, todo lo contrario, quien se volcó con Carmen. Y su amistad se fue convirtiendo con el paso del tiempo en amor. Un amor que la aceptaba tal y como era ella y su realidad.

Salían con la pandilla a la única cafetería del pueblo donde para tomar unas copas y escuchar algo de música no tenía la necesidad de “escalar el Everest”, y también encontraron en la capital un cine accesible al cual iban con cierta frecuencia. Esta comunicación, este compartir emociones y percibir sensaciones relajantes y excitantes, hacía sentir a Carmen que su mente y su corazón estaban vivos.

El tiempo pasaba, Carmen una vez acabada la jornada laboral, llegaba cada día a casa más agotada, dispuesta a practicar el “deporte” de tumbarse en el sofá unas horas para reponer fuerzas y seguir con sus actividades en aquel maravilloso pueblo tan condenadamente lleno de barreras arquitectónicas. Un buen día, harta de promesas realizadas a través del teléfono, decidió pedir permiso en el trabajo para ir a hablar directamente con el Alcalde sobre esas obras que no acababan de realizarse.

Pasar nuevamente por la calle del Ayuntamiento le producía, después de tanto tiempo, una rara sensación. Y mira que había pasado

veces por allí, pero en otros tiempos, cuando todavía podía caminar como la que más. Seguro que algún recuerdo de entonces cruzaría por delante del parabrisas de su coche.

Tuvo suerte y encontró un estacionamiento cerca, además junto a un vado que le permitió acceder a la acera con facilidad, con lo que en un momento se plantó frente a esos dos colosales escalones de mármol blanco, en la entrada del edificio, que le infundían a éste un aire de grandeza, pero que para Carmen representaban la obligación de solicitar nuevamente ayuda si quería traspasarlos. Se armó de valor y así lo hizo. Con la colaboración de un par de jóvenes, que al igual que ella pretendían entrar, sorteó el primer obstáculo y se dirigió al puesto de información, donde encontró una joven muy atenta pero algo despistada.

-Buenos días, quisiera hablar con el Alcalde –solicitó Carmen-.

-Buenos días, eso es en la planta primera –respondió la funcionaria-.

-Gracias, ¿dónde está el ascensor?.

-Aquí no hay ascensor –se apresuró a responder la muchacha advirtiéndole que su primera información no había sido muy acertada-.

-Ya me lo temía –continuaba Carmen, esta vez un poco más irritada-. ¿Podrías llamar a su despacho y explicarle la situación?.

- No faltaba más, espere un momento que enseña realiza la gestión –concluyó la funcionaria, poniéndose manos a la obra-.

Transcurridos unos minutos, bajó la secretaria del Alcalde para atenderla; ésta que la conocía de vista, le explicó que en esos momentos estaba reunido y que tardaría sobre una hora en terminar, a la vez que le preguntaba si ella podía serle de utilidad en algo. En vista de que insistía en verlo a él, la secretaria le ofreció un despacho de la planta baja para que esperase y donde luego le atendería.

En esa hora, que se le hizo interminable, rondó por su cabeza el pensamiento de que era una tontería todo lo que estaba haciendo, que las cosas son como son y no valía la pena forzar las situaciones e incluso pensó en marcharse y abandonar la idea de exigirle a la máxima autoridad de su municipio que cumpliera con su deber de hacer accesible el pueblo para todas las personas independientemente de sus circunstancias personales. Pero no lo

hizo, siguió esperando en aquel pequeño cubículo ocupado por una mesa y dos sillas, de esas que se abandonan derrotadas por el frecuente uso y que sólo se pueden encontrar en edificios tan viejos como ése, además de un par de cuadros, ambos con los marcos desencajados y las estampas, representando rincones del pueblo, muy descoloridas. Desde luego aquel lugar no se utilizaba desde hacía tiempo, pero aún así estaba muy limpio, como si los servicios de limpieza lo aseasen todos los días sin ninguna necesidad.

Al fin llegó el Alcalde. Con cara muy sonriente, aunque se notaba que era una sonrisa forzada, saludó a Carmen y ocupó una de las sillas junto a ella. En ese momento sonó su móvil y pidiendo disculpas lo atendió durante un buen rato, saliendo incluso al pasillo en algunos momentos de la conversación. Esta situación comenzaba a enojarla cada vez más, pero ella seguía manteniendo la calma y su apariencia de amabilidad.

-Perdóname, pero es que hoy llevo un día horrible de reuniones y de llamadas, parece que todo el mundo se ha puesto de acuerdo para hablar conmigo –intentaba disculparse nuevamente el Alcalde-. Creo que sé por qué vienes a verme. Paco ya me ha estado hablando del tema en varias ocasiones y creo que lo tenía solucionado, ¿o es por otro motivo?.

-No, no es por otro tema, es el mismo que desde hace dos años vengo solicitando. La verdad es que cuando estaba en el hospital y Paco me prometió que ibais a realizar las obras necesarias para hacer accesible el pueblo no le preste mucha atención porque aún creía que me iba a recuperar totalmente, pero ahora no sólo pido, sino que exijo que se realicen esas obras como manda la Ley. No os dais cuenta que yo y otras personas con mi mismo problema tenemos el derecho de sentirnos independientes. Que una sociedad avanzada es aquella que mira por cada uno de sus ciudadanos y ciudadanas. Además, estas obras también facilitarían el tránsito de las personas con los carritos de la compra y de bebés, de los mayores y evitarían algún que otro accidente –intentaba explicar Carmen al Alcalde-.

-No hace falta que insistas, yo estoy muy concienciado con el problema. Te aseguro que lo hemos discutido y que estamos buscando soluciones –relataba el Alcalde de forma diplomática-, ya

te he dicho que Paco, el Concejal de Urbanismo, está en ello.

-La verdad es que no se que creer, porque cada vez que veo los gastos que hacéis en el pueblo, algunos de ellos innecesarios o no urgentes como quieras calificarlos, me pongo de muy mal humor y hoy desde luego cuando he llegado a la puerta y he comprobado que ni tan siquiera el Ayuntamiento, la casa de toda la población, está adaptado, ha sido para gritar de desesperación –seguía argumentando Carmen, cada vez más exaltada, pero manteniendo el debido respeto y compostura-.

En ese momento de la conversación, sonó nuevamente el dichoso móvil del Alcalde, volviéndolo a atender, dejando a Carmen con la palabra en la boca. Esta fue la gota que colmó el vaso de su paciencia. Carmen, aprovechando que otra vez salió al pasillo, decidió marcharse y así lo hizo. Cuando llegó a su casa no dijo nada a nadie, se dirigió a la terraza y se quedó fija mirando hacia la calle.

-¿Por qué has vuelto hoy tan pronto? –preguntó su madre, a voces, desde dentro-.

-He terminado el trabajo de hoy rápido y no tenía ganas de seguir –contestó, también a voces-, me encuentro algo cansada.

-¿Te encuentras mal? –insistió su madre-.

-No, solo cansada. Déjame un rato aquí y se me pasará –concluyó-.

Carmen comenzó a llorar.